

VIDA DEL CLAUSTRO.

A las doce de la noche van al coro todos los religiosos; luego tienen media hora de oración mental y á eso de las dos de la mañana vuelven á sus celdas. Muy temprano, se dirijen al coro para recitar la hora menor llamada *prima*. Se rezan entonces las misas y en los juéves y sábados, misas cantadas, y en los días festivos misas después de *tercia* á las ocho de la mañana, según el rito de la Iglesia. Conforme celebran los sacerdotes toman su desayuno. El espacio que queda hasta las diez, era dedicado al estudio y al confesonario. De diez á once se decían las horas canónicas *tercia, sexta y nona*. A las once se pasaba al refectorio, en donde jamás se omitía la lectura edificante que hacían por turno los coristas. En las mesas no se conocía el uso de los manteles sino en días muy clásicos. En ciertos días señalados, dadas las gracias después de la comida, se practicaba el acto humilde de lavar los platos. Acabado este acto, iba la comunidad á la Iglesia y rezaba la estación en cruz delante del Santísimo Sacramento.

Volvían á sus celdas. A las dos de la tarde la campana los llamaba al coro en donde permanecían tres cuartos de hora rezando *visperas* y *completas*: los Jueves y Domingos, menos en el Adviento, y Cuaresma, terminando el oficio divino, se reunían en conferencias, las que versaban sobre Teología moral, y los Viernes, á cerca de la Regla que profesaban. De las tres á las cinco se dedicaban al estudio.

Luego se oía el tañido de la campana, que era un llamamiento, para tener una hora de oración mental de la cual se levantaban saliendo con dirección al refectorio para la colación ó cena, pasando después al templo, en donde se entonaba solemnemente el *Tota pulchra* y por devoción especial á la Purísima Concepción, se añadía los Domingos: **Para dar luz inmortal.** A continuación, y á tenor de las leyes de la Orden, tres días en la semana tenían disciplina; el noviciado la tenía las vísperas de Comunión de regla, por lo común miércoles y sábado. El tratamiento fué siempre de Vuesa Paternidad á los Prelados; Vuesa Reverencia á los Sacerdotes; y á los coristas, laicos novicios y donados el de Vuesa Caridad.

En esto daban las ocho de la noche, se oía tocar á silencio y retiro, y hechas las oraciones piadosas, descansaban hasta media noche.

Los jueves que no eran de Cuaresma ó de Adviento, eran días de asueto por las tardes. Como á las cuatro se dirijían á la huerta. A las seis y media eran llamados al coro; se rezaba la Letanía Lauretana y la estación; después bajaban al refectorio. En todos los actos á que asistía la comunidad, lo hacía en silencio. Esto escribía el Señor Lic.D. Remigio Tovar, quien más tarde cambió la pluma y la toga por la espada convirtiéndose en un veterano valiente que llegó á ser general en el ejército conservador.

XVII.

Las leyes monásticas.

Margil Legislador.

"Las reglas de las observancias religiosas no deben considerarse como invenciones humanas. San

ción los frailes dejaron el monasterio; cada novicio y algún corista llevaban á cuestas su morral, su hábito y un pedazo de pan; el decreto inexorable prohibía extraer cualquiera otro objeto. Detúvose la colonia en Guanajuato, donde fué recibida por la moribunda hospitalidad de los religiosos de S. Diego, y pronto tuvo que alejarse: el voto de silencio y de pobreza parecía una conspiración á los verdaderos alborotadores del orden público. En Salamanca los agustinos de Michoacán, prontos á disolverse, recibieron á los guadalupanos; en Querétaro los claustros de Linaz ejercieron su último acto de caridad con los hijos de Margil. La soledad ambulante prosiguió su camino. La vista de una iglesia lejana que encontraban al paso los reanimaba; bendecían la casa del Señor recitando salmos, como se oye entre las nubes á una bandada de cisnes silvestres saludar al paso las sábanas de la Florida. En un campamento enemigo, el grupo de religiosos desterrados fué mirado con compasión por nuestros soldados, que no registraron ni detuvieron á aquellos mendigos. Antes de penetrar en el hermoso valle de México, los desterrados se dieron un abrazo de caridad, felicitándose de haber llegado hasta allí en brazos de la Providencia. A una legua de una antigua parroquia, cortaron una rama de un árbol, hicieron con ella una cruz, y recibieron, en la orilla del río al cura de Tula, que salía á su encuentro.

En México se albergaron en el grandioso cuanto infortunado claustro de S. Fernando. En aquella época en que las armas, las desgracias y los crímenes metían tanto ruido, la fama de los religiosos de Guadalupe se extendió por fuera: los ricos y los poderosos huían, y no atraían á nadie en su seguimiento, mientras de todas partes se acudía para alistarse en el número de los frailes refugiados. Llenos de aspirantes, trataron de establecer colonias en Tepozotlán y en Cholula, bien así como una colmena esparce en derredor sus enjambres: pero la revolución, que andaba más aprisa que la religión perseguida y fugitiva, alcanzó á los guadalupanos en sus nuevos retiros, obligán-

doles infinitamente á separarse, hasta que faltándoles el suelo patrio, arrojados de ciudad en ciudad, pasaron la frontera del Norte, llegando hasta S. Luis Rey á las ruinas de un monasterio abandonado, en el que apenas hallaron donde guarecerse y en un país donde una política fría é indiferente parece decirles cuando menos: "Allí podrán refugiarse aquellos á quienes el mundo no conviene, ó que no convienen al mundo."

"Diráse quizás que no existiendo ya entre nosotros las causas que originaron la vida monástica, los conventos se habian convertido en retiros inútiles. ¿Y cuándo cesaron éstas causas? ¡Ah! ¡cuando pasaron los males de los siglos bárbaros, la sociedad, tan diestra en atormentar las almas, y tan ingeniosa en duplicar el dolor, abrió las puertas á otras mil adversidades, que nos arrojan á la soledad! ¡Cuántas pasiones engañosas, cuántos sentimientos falsos, cuántos amargos disgustos nos destierran todos los días del mundo! Hermosas eran esas casas religiosas, donde hallábamos un asilo seguro contra los golpes de la fortuna, y contra las tempestades de nuestro propio corazón.

"Ocurria un suceso capaz de quebrantar el alma, habia una comisión de que los hombres enemigos de las lágrimas no osasen encargarse por miedo de comprometer sus placeres? Pues á los hijos del claustro se confiaba, y principalmente á los padres de la orden de San Francisco, suponiendo que unos hombres que se habian consagrado á la miseria, debian ser naturalmente los heraldos del infortunio. El uno se veía obligado á comunicar á una familia la noticia de la pérdida de su fortuna; el otro la muerte de un hijo único; el gran Bourdaloue llenó por sí tan triste deber: presentábase silencioso en la puerta del padre, cruzaba las manos sobre el pecho, se inclinaba profundamente, y retirábase mudo como la muerte, de que era intérprete.

¿Creerá alguno que ocasionase muchos placeres, hablo de los placeres que ama el mundo: creerá alguno que fuese muy dulce para un fraile de los menores, para un misionero franciscano, el ir á las cárce-

les á anunciar la sentencia de muerte á un criminal, escucharle, consolarle, y tener durante días enteros el alma traspasada con unas escenas que rasgan las entrañas? Hemos visto en todos estos actos de caridad caer á raudales el sudor de la frente de los compasivos religiosos, y bañar la capucha siempre sagrada, á despecho de los sarcasmos de la filosofía; y sin embargo, ¿qué honor, qué utilidad resultaba á los frailes de tantos sacrificios, sino la burla del mundo, y las injurias de los mismos reos á quienes consolaban? Pero al menos los hombres, por ingratos que sean, habian confesado su nulidad en estos grandes contratiempos de la vida, pues que los habian abandonado á la religión, único y verdadero puerto en el último término del infortunio. ¡Oh apóstoles de Jesucristo, de cuantas catástrofes no habeis sido testigos, vosotros que al lado del verdugo no temeis salpicaros con la sangre de los infelices para prestarles el último apoyo! Este es uno de los más sublimes espectáculos de la tierra: en los dos extremos del cadalso, véñese la una en presencia de la otra las dos justicias, la justicia humana y la justicia divina: la una implacable, y apoyada en la espada, tiene á su lado la desesperación: la otra cubierta con un velo empapado en llanto, muéstrase rodeada de la esperanza y de la piedad: el ministro de la una es un hombre de sangre, el de la otra un hombre de paz: el uno condena, el otro absuelve: inocente ó culpable el primero dice á la víctima: ¡Muere! El segundo le grita: «Hijo de la inocencia ó del arrepentimiento, *sube al cielo.*»



EL ALABADO

Según y como lo cantaba á los campesinos
el V. P. Margil.

Sea alabado y ensalsado
El divino Sacramento
En quien Dios oculto asiste
De las almas el sustento.

Y la limpia Concepción
De la Reina de los cielos,
Que, quedando Virgen pura,
Es Madre del Verbo eterno.

Y el glorioso San José
Electo por Dios inmenso
Para padre estimativo
De su Hijo, el divino Verbo.

Y esto por todos los siglos
Y de los siglos. Amén.
Amén Jesús y María;
Jesús María y José.

¡Oh dulcísimo Jesús!
Yo te doy mi corazón,
Para que estampes en él
Tu santísima pasión.

¡Madre llena de dolor!
Haced que cuando expiremos
Nuestras almas entreguemos
Por tus manos al Señor.

Quien á Dios quiere seguir
Y á su gloria quiera entrar,
Una cosa ha de asentar
Y de corazón decir:
«Morir, antes que pecar;
Antes que pecar, morir.»

Lucas dice: Vended lo que teneis, y dádselo á los pobres; hecho esto, venid y seguidme. Si alguno viene á mi y no aborrece á su padre y á su madre, y á su mujer y á sus hijos, y á sus hermanos y á sus hermanas, y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo.

«El Bautista observó en el desierto una vida de desprendimiento, de pobreza y de perfección, cuya santidad se transmitió á los solitarios, sus sucesores y sus discípulos.

«San Pablo el Anacoreta y San Antonio buscaron los primeros á Jesucristo en los desiertos de la Baja Tebaida; San Pacomio apareció en la alta Tebaida, y recibió de Dios la regla por la cual debía dirigir á sus numerosos discípulos: San Macario se retiró al desierto de Sethé; San Antonio al de Nitria; San Serapio á las soledades de Arsinoé y de Memfis; San Hilarión á la Palestina, fuentes abundantes de una innumerable multitud de anacoretas y de cenobitas que llenaron el Africa, el Asia y todas las partes del Occidente.

La iglesia, como una madre sobrado fecunda, empezó á debilitarse con el gran número de sus hijos. Habiendo cesado las persecuciones, el favor y la fé disminuyeron en el reposo; pero, sin embargo, Dios que quería perpetuar su Iglesia, conservó algunas personas que se separaron de sus bienes y de sus familias por medio de una muerte voluntaria, que no era ni menos real, ni menos santa, ni menos milagrosa que la de los primeros mártires. De aquí las diferentes órdenes monásticas, creadas bajo la dirección de San Bernardo y de San Benito. Los religiosos eran ángeles que protegían á los estados y los imperios con sus oraciones; columnas que sostenían la bóveda de la Iglesia; penitentes que aplacaban con torrentes de lágrimas la cólera de Dios; estrellas resplandecientes que llenaban de luz al mundo. Los conventos y los peñascos son su morada, se encierran en las montañas como entre murallas inaccesibles: se hacen iglesias de todos los sitios donde se encuentran; descansan en la cima de las colinas como palomas; se sostienen co-

mo águilas en la cumbre de los riscos; su muerte no es ni menos feliz ni menos admirable que su vida como refiere San Efrem. No tienen ningún cuidado de labrarse sepulturas; están crucificados para el mundo: muchos atados como en la punta de las rocas escarpadas, han entregado voluntariamente sus almas en manos de Dios; los hay que paseándose con su sencillez ordinaria, murieron en los montes que les servían de sepulcro. Algunos, sabiendo que era llegado el momento de su libertad, se ponían con sus propias manos en la tumba: los ha habido que, cantando las alabanzas de Dios, han espirado en el esfuerzo de su voz habiendo terminado su oración, y cerrado su boca la muerte solo. Esperan á que la voz del arcángel les despierte de su sueño: entonces florecerán de nuevo como lirios de una blancura, de un brillo y de una hermosura infinita."

En el Noviciado de Guadalupe, al entrar, lo primero que se veía eran estas palabras de Jeremías, escritas sobre la puerta del claustro: *Sedebit solitarius et tacebit.*

La iglesia solo tiene de notable la santidad del lugar: está construida de un modo tosco y muy particular, que no deja de tener algo de augusto y de divino: el remate del lado del coro parece representar la gruta de Alberna.

Lo que sí es digno de consideración es el modo como celebran los divinos oficios estos religiosos; pues se les ve cantar las alabanzas del Señor con voz firme y tono grave. Nada conmueve más el corazón ni eleva más el espíritu que oírles en maitines. Como su iglesia solo está iluminada por una lámpara suspendida delante del altar mayor, la oscuridad, unida al silencio de la noche, hace que el alma se empape de aquella sagrada unción derramada en todos los salms. Ya estén sentados, ya de pie, ora se arrodillen, ora se prosternen, lo hacen con una humildad tan profunda, que bien se ve que la sumisión de su espíritu es todavía mayor que la de su cuerpo.

En sus constituciones nos parece leer algún

fragmento de las *Doce tablas*, ó la consigna de un campamento de las cuarenta y dos divisiones israelitas. Veamos estas prescripciones dictadas por Margil.

«Los religiosos se levantarán á las doce para ir á maitines; el espacio entre las campanadas será muy breve, para quitar la ocasión á la pereza. Observarán la mayor modestia en la iglesia, y harán todos juntos las inclinaciones de cuerpo y las genuflexiones: estarán descubiertos desde el principio de maitines hasta el primer salmo.

“En el dormitorio no se volverá nunca la cabeza y andarán con gravedad; nunca entrarán en las celdas de otros: dormirán sobre una piel; la almohada será de paja y la cama una simple tarima. “En la oscuridad de sus celdas, dice Carlos Nodier en sus *Meditaciones del claustro*, escondió Rancé su arrepentimiento, y aquel genio elevado que adivinó á los nueve años las bellezas de Anacreonte, abrazó á la edad del placer austeridades que asombran nuestra debilidad.

“En el refectorio se observará el mayor aseo; los hermanos tendrán siempre los ojos bajos, pero sin inclinarse demasiado sobre lo que comen.” Siguen algunas prevenciones sobre el uso del cuchillo y el tenedor, que parecen hechas para niños; el anciano delante de Dios ha vuelto á la inocencia de los días infantiles.

“Luego que la campana anuncie la hora del trabajo todos los religiosos y novicios acudirán al locutorio; de allí se dirigirán al trabajo con gran compostura y recogimiento interior, considerándole como la primera pena del pecado.”

“En las horas de recreo no se hablará de las novedades del día. En las grandes salidas se podrá ir en silencio con un libro á un sitio del bosque, no frecuentado por los seglares: dos veces por semana se tendrá el capítulo de culpas: antes de acusarse se prosternarán todos juntos, y cuando diga el superior, *quid dicitis?* cada cual responderá en voz bastante baja: *Culpas meas.*”

“En la enfermería el enfermo no se quejará nunca, por que un enfermo nunca debe tener ante los ojos mas que la imagen de la muerte, ni nada debe causarle tanto cuidado como el vivir.”

A estas constituciones agrega Margil algunos reglamentos que empiezan con este preliminar: “No cumpliré lo que debo á Dios, lo que os debo á vosotros, hermanos míos, ni lo que me debo á mi mismo, si desatendiese en mi conducta algo de lo que puede hacerlos dignos de la eternidad.”

Después vienen las instrucciones generales.

“Los hermanos no se quedarán nunca solos en ningún sitio oscuro:” dice Margil. Y sin embargo, sin advertirlo ponía al hombre solo enfrente de sus pasiones.

Las prevenciones acerca de los extranjeros son muy tiernas: en cada pieza del local destinado á los huéspedes se veían advertencias escritas. Si moría algún pariente cercano, como el padre ó la madre de algún religioso, el Maestro de Novicios le recomendaba al capítulo sin nombrarle, de suerte que cada cual se interesaba por él como por su propio padre, sin que la noticia causase dolor, ni inquietud, ni distracción al hermano que habia experimentado la pérdida. La familia natural quedaba destruida, y á ella se sustituía una familia de Dios. Cada religioso lloraba á su padre cuantas veces lloraba al padre desconocido de un compañero de penitencia.

Se establece el modo de tocar la campana según las horas del día y los diferentes rezos. Hay reglas para el canto: en los salmos se debe ir aprisa hasta la *genuflexión*; el *Magnificat* debe entonarse con más gravedad que los salmos; aunque no se exige ninguna pausa en el discurso de un responso, debe hacerse una en el *Salve, Regina*; aquí es preciso que haya un momento de silencio en todo el coro.

Por medio de estos reglamentos puso Margil en ejecución sus dos grandes proyectos: oración y silencio. La oración no se suspendía sino para trabajar. Los hermanos se levantaban por la noche para implorar

al que no duerme: Margil quería que el alma y el cuerpo estuviesen igualmente ocupados.

Quando el Maestro descubria que algún religioso ó novicio padecía dolores que no se manifestaban con ninguna señal aparente, le dedicaba un cuidado particular. No obraba milagros: no hacía oír á los sordos y ver á los ciegos; pero aliviaba las enfermedades del alma, y asombraba los ánimos, calmando las tempestades invisibles.

Variando sus instrucciones con arreglo al carácter de cada cenobita, ponía todo su conato en seguir en ellos el atractivo del cielo. Una palabra de su boca les volvía la paz del alma. Algunos religiosos que nunca le habían conocido en vida, hallaron más adelante en su sepultura la curación de sus penas; la bendición del cielo continuaba en su tumba: Dios guarda los huesos de sus siervos.

La hospitalidad cambió de naturaleza haciéndose puramente evangélica: nunca se preguntaba á los extranjeros quienes eran, ni de donde venían; desconocidos entraban en el hospicio y desconocidos salían de él bastándoles ser hombres; la igualdad primitiva volvía á prevalecer. El fraile ayunaba, mientras el huésped estaba provisto de todo lo necesario; no había común entre ellos más que el silencio. La comunidad mantenía por semana hasta 1,500 necesitados; y estaba persuadida de que sus frailes no tenían derecho á las limosnas del convento sino en calidad de pobres. Asistiase á varios enfermos vergonzantes y familias indigentes: había establecidos en el interior del convento, talleres de trabajo y escuelas para niños pobres: los males á que se exponían los religiosos en las misiones no les parecían más que padecimientos naturales que llamaban la *penitencia de todos los hombres*. Tan profunda fué la reforma, que el Colegio así consagrado al arrepentimiento pudo considerarse como una tierra de olvido.

Esta educación produjo unos efectos que solo se notan en la historia de los padres del desierto. Un hombre que andaba extraviado oyó una campana há-

cia las doce de la noche; marcha en aquella dirección, y llega á la portería. Era obscura la noche, diósele la hospitalidad con la caridad acostumbrada, pero no se le dijo una sola palabra. Aquel extranjero, como en un castillo encantado, se veía servido por espíritus mudos de quienes solo creía oír las misteriosas evoluciones.

En el refectorio, los religiosos seguían á los que iban delante, sin curarse de adonde iban. Lo mismo sucedía para el trabajo: no veían más que las pisadas de los que precedían: uno de ellos, durante el año de su noviciado, no levantó una vez los ojos del suelo: no conocía ni aún el techo de su celda. Otro religioso estuvo tres ó cuatro meses sin ver á su propio hermano, aunque continuamente le tenía al lado.

Al sonido de una campana todas las puertas del claustro se abrían con una especie de dulzura y de respeto: ancianos encanecidos y serenos, hombres provecos ya aunque jóvenes, mancebos en quienes la penitencia en pocos años dejaba un matiz de hermosura desconocida del mundo, todos los tiempos de la vida aparecían juntos bajo una misma vestidura. La celda de los cenobitas era pobre, bastante capaz para contener un tablón, una mesa y dos sillas; un crucifijo y algunas estampas devotas formaban todo su ornato. Desde esta tumba, que habitaba durante sus años mortales, pasaba el religioso á la sepultura que precede á la inmortalidad, y ni aún allí se separaba de sus hermanos vivos y muertos. Tendíanle vestido con sus hábitos y cubierto de flores bajo el pavimento del coro, y mezclábase su polvo con el polvo de sus abuelos, mientras que las alabanzas del Señor cantadas por sus contemporáneos y por sus descendientes del claustro conmovían aun lo que quedaba de sensible en sus reliquias. ¡Oh amables y santas casas! Augustos palacios se han construido sobre la tierra; sublimes sepulturas se han erigido; moradas casi divinas se han consagrado á Dios; pero el arte y el corazón del hombre en nada fueron tan léjos como en la creación del monasterio.

Quando se promulgó el decreto de exclaustro-